Hipatia

Cuando el milenio contaba con 370 años, Hipatia nació en Alejandría. Fue bibliotecaria. Y fue también matemática, astrónoma, física y directora de la escuela neoplatónica. Y fue la última científica que trabajó en la Biblioteca. Y la última filósofa. Después de su muerte el saber humano entró en una barbarie que perduró mil años.

Hipatia era la hija de Apolonio. Apolonio, el que cuidaba de guardar los rollos en los anaqueles de la Biblioteca. Apolonio, el responsable de que la Biblioteca mantuviera el ambiente de trabajo adecuado para cultivar las mejores mentes de la época. Época difícil la de Hipatia. Alejandría ya no era egipcia ni tampoco griega. Escribe la historia que los reyes griegos de Egipto, sucesores de Alejandro, heredaron y multiplicaron de este gran hombre su devoción al saber. Pero sucumbieron a la barbarie romana y cuando nació Hipatia, la ciudad mágica ya era un apéndice de Roma desde hacía tiempo. Ello significaba, para quienes no quieran recordarlo, que el poder cristiano calificaba la Biblioteca de burdel y de recinto pagano, y también su colección de manuscritos y a los sabios que en ella se adentraban.

Apolonio fue el último de los contrabandistas

de libros que enriquecieron sobremanera la Biblioteca. Los espías de culturas ajenas habían dejado de existir y sus nombres se conservaban como leyendas festivas. Apolonio contaba a sus hijos bellas historias sobre los antiguos espías y traficantes de libros. Hipatia lo escuchaba. Hipatia fue la tercera hija que diera a luz Dacia, esposa de Apolonio. Un año después de este nacimiento moría la madre dejando a la niña y a sus dos hermanos varones al cuidado de la vieja criada y el desolado padre. Apolonio no buscó mujer. Tenía la responsabilidad del conocimiento en su mano derecha y la crianza de sus hijos en la izquierda. Dedicó el resto de su vida (que fue breve) a educar a sus hijos para el saber, para custodiar lo que Apolonio, padre de Hipatia, consideraba que era el tesoro del mundo.

Heros y Aristarco, hijos de Apolonio, casaron jóvenes y eligieron para sí el camino del ganado y del cultivo del campo, respectivamente. Hipatia, en cambio, decidió comprometerse con el mar y con el tesoro de su Biblioteca. Durante esas horas en que Alejandría dormía la siesta, la niña se dedicaba a perseguir la sombra de su padre, bibliotecario ya medio ciego. Apolonio vio con placer larvado de sufrimiento que su hija tenía la mente despierta del padre y el atractivo iracundo de la madre. Y vio además que superaba con mucho a ambos. Pero era una mujer. Apolonio comprendió, entonces, que debía ser duro con ella y más exigente de lo que lo fuera con sus hermanos y también mucho más tierno y dadivoso.

Hipatia crecía para llegar a ser sabia en una época en que la mujer pertenecía a uno o varios propietarios. La mujer, en la Alejandría de do-

minio romano, apenas si tenía otra opción vital que la esclavitud o la otra esclavitud, considerada como mal menor, llamada matrimonio. Apolonio, que amaba con serena locura a su hija, jamás se dijo: «Educaré a Hipatia como a un hombre». Su reto fue otro: «Educaré a Hipatia para que sea una luz más entre la ceguera de los grandes hombres». Así le hablaba y le enseñaba: como enseña el perro a su amo a desafiar a la presa. Con humildad y firmeza le mostró el mundo en un libro y un libro capaz de deshacerse en mundos. Le mostró cómo descubrir la vida: observándola, a tientas, con cautela. Hipatia aprendió pronto que descubrir la vida consistía en sorprenderla. La niña era voluntariosa. «Ahora, tiene que ser ahora», solía decirle como para abreviar ese largo tiempo que dura un aprendizaje. Aprendió a venerar de cada uno de esos libros que le enseñaba el padre las voces que encerraban la magia de sus signos. Amaba la palabra pero no la adoraba más que el mar, las costas y el puerto de Alejandría adonde iba a sentarse todos los atardeceres para llevar a cabo su juego favorito. Jugaba a saber. Provista de un retal de papiro y un buril jugaba a imaginarse sabia y reproductora de signos mágicos. Entraba, seguidamente, en el Serapeo a pedir a los dioses que su sueño fuera algo más real que la locura de creerlos.

Dionisia, la nodriza, era ya demasiado vieja para que Hipatia disfrutara de la imagen de una madre joven. A falta de otro espejo donde reflejarse, Hipatia se miraba en el silencio de los hombres más sabios y libres de Alejandría. Esta ausencia, lejos de masculinizarla, la hizo, si cabe, más mujer. Tan distinta de sus amigas

como para que éstas la envidiaran y temieran a un tiempo. No fue una adolescente de facciones delicadas: sabía demasiado para tener para sí el rostro primoroso de las niñas bonitas y estaba destinada a ser una mujer de extraordinaria belleza. Hipatia adolescente trabajaba, sin prisas, sus atractivos de cortesana. De los griegos había aprendido que la belleza, al contrario del talento, se educa ocultándola a ojos innecesarios. Si hubo jóvenes temerosas de Hipatia era precisamente porque Hipatia jamás podría parecerse a ellas. A la edad de catorce años adivinó el placer tan intenso como efímero que se obtiene de los brazos de un amor y del sentimiento que este amor provoca. De esa fugacidad, de la que hablaban en sus libros Safo y Platón, aprendió las mil maneras de adiestrar y cultivar la ansiedad de Eros a fin de que Eros fuera eterno. El propio amor le hizo ver que la pasión de saber podía ser igualmente feliz y provechosa para aquella que el fuego convierte inmediatamente en brasas. Al contrario que el saber, el amor debía disfrutarse sin intentar poseerlo. Supo que jamás sería propiedad de un hombre. No les daría más que a los mismos dioses y recibiría de ellos un placer centuplicado. Hipatia había elegido el camino de ser ella misma, es decir: una lumbrera más de la primera y única Biblioteca.

Apolonio supo querer a su hija de modo que ella aprendiera todas las armas del amor que conceden placer y despiertan la generosidad de los hombres. Ella estaría, además, doblemente protegida por el escudo que en la mujer proporciona el conocimiento.

En el arte del aprendizaje tuvo Hipatia maes-

tros ejemplares: el amor de un silencioso, humilde y excepcional hombre y el saber de la irrepetible Biblioteca. En el arte de la sabiduría sus maestros fueron: Eratóstenes, que rehízo el mundo al averiguar la curvatura de la Tierra y fijar sus dimensiones; Hiparco, que ordenó el mapa de las constelaciones y estimó el brillo de las estrellas; Euclides, que sistematizó brillantemente la geometría y que en cierta ocasión dijo a su rey, mientras éste luchaba con un difícil problema matemático: «No hay un camino real hacia la geometría»; Dionisio de Tracia, el hombre que definió las partes del discurso y que hizo en el estudio del lenguaje lo que Euclides ideó en la geometría; Herófilo, el fisiólogo que estableció de modo seguro que el cerebro y no el corazón es la sede de la inteligencia; Herón de Alejandría, inventor de cajas de engranajes y de aparatos de vapor, y autor de *Autómata*, la primera obra sobre robots; Apolonio de Pérgamo, el matemático que demostró las formas de las secciones cónicas, las curvas que como hoy se sabe siguen en sus órbitas los planetas, los cometas y las estrellas; Arquímedes, el mayor genio mecánico hasta Leonardo da Vinci; el astrónomo y geógrafo Ptolomeo, que compiló gran parte de lo que es hoy la astronomía y el poeta Calímaco, cuya pedantería lo llevó a decir: «Un gran libro es un gran mal», y que mostraba más interés por la pulcritud de la expresión que por la profundidad de los sentimientos, aunque éstos aparezcan en sus famosos epigramas.

Belleza y sabiduría se conjugaban en la persona de Hipatia de un modo que hacía irritar a los jóvenes alejandrinos incapaces de conquistarla. Indiferente a las habladurías e inquinas de estos

cristianos que despreciaban el Museion y sus estudiosos, Hipatia, última representante de la Grecia creadora de Alejandría, no escondía la clave del secreto para que uno pudiera tener todo el saber del mundo a su entera disposición. En sus primeros años de estudiante había robado a su antiguo maestro Eratóstenes el modo de aprovecharlo al máximo.

Además de astrónomo, historiador, geógrafo, filósofo, poeta, crítico teatral y matemático, Eratóstenes fue también director de la Biblioteca. En sus escritos —Hipatia se vanagloriaba de haberlo descubierto—, decía el maestro que en una ocasión hojeando un libro de papiro de la biblioteca leyó que en un puesto avanzado de la frontera meridional, en Siena, cerca de la primera catarata del Nilo, en el mediodía del 21 de junio, un palo vertical no proyectaba sombra. Esta observación, a primera vista tan sencilla y cotidiana, invitó a Eratóstenes a realizar un experimento. ¿Sucedería, también en Alejandría, que los palos verticales no proyectaran sombras hacia el mediodía de un 21 de junio? Eratóstenes descubrió entonces que tampoco lo hacían y comprendió que la única respuesta posible a este fenómeno era la curvatura de la superficie terrestre. La diferencia observada en las longitudes de las sombras hacía necesario que la distancia entre Alejandría y Siena fuera de unos siete grados, aproximadamente una cincuentava parte de los trescientos sesenta grados que contiene la circunferencia entera de la Tierra. A fin de confirmar su hipótesis, contrató a un hombre para que midiera a pasos la distancia entre Alejandría y Siena: era de unos ochocientos kilómetros. Ochocientos kilómetros por cincuenta dan como

resultado 40.000 kilómetros: ésta debía ser pues la circunferencia de la Tierra.

Fue así como Eratóstenes se convirtió en la primera persona que midió con precisión el tamaño del planeta. Y fue también de ese modo, con la aparente ingenuidad del sabio y sobre la base de la lectura de observaciones en un principio insustanciales de los libros de que disponía la Biblioteca, como Hipatia prosiguió con la investigación emprendida por los hombres que la precedieron. El cargo de director de la Biblioteca se daba al que era en su tiempo el mejor científico, lo que en el argot del medio se llamaba un *alfa* de la época, o mejor un *beta,* como lo pudo ser Eratóstenes pues, según decía uno de sus envidiosos contemporáneos, era en todo el segundo mejor del mundo. Y el secreto de tal poder intelectual, sabían los estudiosos, residía en la propia Biblioteca. Ella era la que confería a sus investigadores los instrumentos básicos para ser los primeros y mejores del mundo en todo. Hipatia, a la edad de veintinueve años, iba a alcanzar por sus propios méritos —no había persona que la igualara en sabiduría— el cargo de directora de esa institución sagrada.

Hipatia vivía sola. Dos criadas se ocupaban de cuidar la casa que había heredado de sus padres y un viejo jardinero había adquirido la costumbre de ocuparse tanto de las flores que cautivaban a Hipatia como de los sueños siempre atareados de su ama. Ella elegía sabiamente cuándo quería permanecer sola con sus pensamientos o bien estar acompañada en sus alegrías. Si su inteligencia era perfecta para alejar a aquellos hombres que difícilmente podían competir con ella

en las ramas del conocimiento, su belleza conseguía siempre atraer a los más cultivados y justos. Dicen las fuentes que tuvo muchos pretendientes pero rechazó siempre todas las proposiciones matrimoniales. Se enamoró del gobernador romano de Alejandría, y también del estudiante Antonio, cuyas dotes para la ingeniería mecánica y la automación le auguraban un gran futuro. Y, sin embargo, recusó de plano la idea de casarse con uno u otro de sus enamorados. Ni entonces ni cuando la pasión fuera a transformarse en hábito. Y como los amaba, Hipatia prefirió conservarlos como amantes. Y con estos dos hombres, que dedicaron sus vidas a la esperanza de esposarla, Hipatia pensó, o sólo imaginó, que el matrimonio con cualquiera de ambos habría sido el castigo más dulce y placentero que los dioses habrían podido darle en la tierra. Sus argumentos femeninos, frente al orgullo continuamente agraviado de estos dos hombres que dejaron mujer e hijos para tratar de convencerla, se fundamentaban en que el gobernador era demasiado poderoso para tener como esposa a una mujer famosa y erudita, y en que el obsesivo Antonio —reía Hipatia— habría acabado convirtiendo la vivienda de ambos en un anexo de la Biblioteca. Amor y matrimonio eran cuerpos antitéticos para una mujer comprometida en vida con el ejercicio de la sabiduría.

En materia de hombres, otro mérito distinguía a la sabia Hipatia: de entre los diecisiete que en su vida amó, consiguió —siendo fértil— no traer al mundo hijo alguno de ellos.

Aun siendo Alejandría, en época de Hipatia, la mejor ciudad que Occidente hubiera visto jamás, no era, ni con mucho, la misma Alejandría

de los Ptolomeos. Sus gentes ignoraban por completo los descubrimientos que tenían lugar dentro de la Biblioteca. Cultura, ciencia, saber, conocimiento eran para esas gentes, influidas por la barbarie cristiana, una suerte de ritos paganos y cuentos de hadas que ocupaban el pasatiempo de algunos privilegiados. La Alejandría romana de Hipatia estaba dividida. De un lado, la Iglesia cristiana que pretendía quedarse con todo el poder, y de otro, la inteligencia egipcia, griega, extranjera y cosmopolita tachada por los primeros de pagana. En esta realidad, Hipatia representaba para los cristianos el símbolo escandaloso y pecador de la ciencia y de la cultura. Perseguían sus pasos, denigraban sus publicaciones, despreciaban su vida. Y, pese a los riesgos que implicaba su trabajo de investigadora y bibliotecaria, continuaba enseñando en la Biblioteca y publicando sus trabajos. Seguía viviendo como una mujer libre, sin privarse tampoco de la compañía de sus amigos, incluidos los políticos romanos.

Los cristianos, encabezados por Cirilo, arzobispo de Alejandría, declararon a Hipatia enemiga del pueblo. En primer lugar, por su cargo de directora de la Biblioteca y, sobre todo, porque en esta mujer se daban una serie de atributos que el cristianismo primitivo despreciaba. La fuerza de Hipatia correspondía a dos poderes: el de la seducción por ser mujer inteligente, bella y especialmente amada y el poder mágico que confería un saber que nadie podía igualar en su época. Había quienes la amaban y admiraban, y otros muchos también que la odiaban por lo mismo. Cirilo iba en cabeza de ese odio feroz hacia una mujer cuya forma de ser tenía la virtud de estimular toda la mezquindad del hombre envi-

dioso y necio así como toda la pericia y honestidad del humanista y sabio. Cirilo, por ejemplo, no cesaba de condenarla públicamente por sus relaciones demasiado íntimas con el gobernador romano.

Antes ya de cumplir los treinta años conocía Hipatia el peligro que corría su vida dedicada a recuperar el saber y a ordenar el conocimiento. Cada uno de sus trabajos publicados tenía como escandalosa respuesta el escarnio de débiles y desaforados y el fervor de cuerdos y prudentes. Sus clases en el Museion eran alabadas por sus alumnos, que asistían con el sigilo de quien tiene la posibilidad de adentrarse en el pozo del saber prohibido. Aquélla era precisamente la época en que un romano residente en Alejandría se encontraba ante la disyuntiva de elegir entre ser un cristiano tonto o un pagano cultivado.

Amenazas y ataques no desanimaban a Hipatia para que continuara publicando sus trabajos. Escribió innumerables libros que el fuego restituyó a la nada desde el primero al último. Por eso es que no ha habido modo de conocer el alcance seguramente extraordinario de sus descubrimientos y doctrinas. Apenas nos ha llegado noticia de algunas de sus teorías relacionadas, en este caso, con la institución que fue gloria y cerebro de la mayor ciudad del planeta. Fue la misma Hipatia quien se ocupó de profetizar el terrible final de la Biblioteca de Alejandría con estas palabras:

«Durante centenares de años la humanidad tendrá desperdigados todos los conocimientos del cosmos que hoy, sin lugar a dudas, ordena y unifica el Museion. Esta división de disciplinas producirá el caos del saber, que dejará de ser

uno y múltiple hasta que una fuerza autómata igual o más poderosa que nosotros lo congregue a imagen y semejanza de la gran Biblioteca».

Antonio, en sus escritos, atribuye estas palabras a su maestra Hipatia poniendo énfasis en el interés de aquélla por el estudio de los libros de Herón de Alejandría, en particular su obra *Autómata*.

Prosigue Antonio:

«Hipatia, maestra, pocos años antes de su muerte, exploró el saber de Dionisio de Tracia en el estudio del lenguaje. Tenía la convicción de que en el futuro un autómata o aparato mecánico sería capaz de transportar a cualquier lugar del cosmos todo el saber contenido en los libros de la Biblioteca de Alejandría. Así lo explica la sabia Hipatia en sus obras, especialmente en la titulada *El saber automatizado*».

Ningún texto nos ha quedado de la autora Hipatia. Apenas referencias. Frases desperdigadas sobre su saber y su vida, además de una inmerecida leyenda, es lo poco que conocemos de ella. Sus fanáticos enemigos cuidaron bien de destruir sus obras. Cuentan los biógrafos que las quemaron junto con su cuerpo en el umbral de la Biblioteca. Poco tiempo después, la Biblioteca de Alejandría, con el irrepetible saber de la humanidad que encerraba, ardió a manos de los mismos fanáticos que quemaron el cuerpo de la bibliotecaria.

Hipatia murió a la edad de treinta y cinco años. Una mañana, cuando se dirigía a su trabajo en el carruaje que la llevaba de su casa a la Biblioteca, los feligreses de Cirilo la asaltaron. La arrancaron del coche, la desnudaron, la arrastraron varios centenares de metros y armados con conchas marinas la desollaron viva. Pero el auténtico crimen contra Hipatia fue doble y más terrible: con la desaparición de sus obras sus asesinos castigaron al mundo con su olvido.